

# CARA

Por IGNACIO AGUSTI

# Y CRUZ

## la Navidad

En los cincuenta y pico de años de nuestra vida, ya llevamos por lo menos treinta en que, en esta época del año debemos hacer un alto para escribir nuestro artículo de Navidad. Treinta artículos sobre la Navidad corren el riesgo de irse repitiendo y de constituir una reiteración retórica. Lo cierto es que, cada vez, el artículo nos resulta nuevo; no nos acordamos de lo que hemos dicho en la ocasión anterior. De modo que, si nos vamos repitiendo, no será como en las explosiones de un motor, sino con modulaciones peculiares. Será un arabesco sobre una columnata, como el delirio de una fuga sobre el tema melódico, o tendrá la espontaneidad natural con que las yedras se encavanan y suben alrededor del tronco. De todos modos, esta reiteración no produce en nosotros la menor pesadumbre, antes bien parece aligerarnos y rejuvenecernos. Y no es que el tema de la Navidad contenga de un año a otro muchos elementos novedosos. La gama de sus resortes plásticos es muy limitada; la de sus sugerencias espirituales, también. Siempre, en lo alto de la Navidad, hay una estrella andariega y a ras de suelo la modesta iconografía de un Belén, con las consabidas figuras. Es probablemente que de un año a otro el corazón se renueve suficientemente para poder paladear en el viejo manjar nuevos sabores, inéditas sustancias. Por ello es posible elucubrar sin repetirse centenares de artículos sobre la Navidad, sin que el tema sufra desdoro.

Este tema eterno, cuya duración ya se acerca a los dos mil años, destila en el corazón, de uno a otro calendario, inéditas quintaesencias. Hay gotas de rocío con inexplorado perfume a cada nueva versión de nuestro Belén. Ni la topografía ni los elementos del lugar han sufrido variación alguna desde nuestra niñez hasta hoy. Los tenderetes donde se vende el musgo son los mismos que antaño y hasta parece inalterado el candil con que se iluminan. No ha entrado el plástico en las figurillas, que unas manos artesanas han ido elaborando con arte y con paciencia. El corcho, el papel de plata de los riachuelos y el musgo de las quebradas son aún un vestigio intacto de nuestras primeras ilusiones. Las voces de los vendedores también. Todo parece que se haya detenido, que haya cristalizado en en aire como reliquia de otros tiempos. Por allí no han cruzado los "sputniks" ni aquello lo ha rozado la teoría de la relatividad. El Belén, la Navidad no pueden ser modernizados ni sufrir el acoso de las modas. Todas sus manifestaciones plásticas y externas corresponden a unos valores que están al margen del tiempo y que parecen elaborados con mitos inmutables. ¿Cómo sustituiríamos con un "jeep" el burrito de los trasegantes? Las ofrendas de los pastores no pueden ser objeto de transformación. La secuencia de la Navidad debe estar llena de un balido indefinible de corderos, de un titilar de estrellas, de un rumor de aguas y vientecillos rupestres que da a la escena el encanto y la palpación que tiene de aterida y balbuceante humanidad. Este aliento férvido y truncado, ese ¡ay! diminuto de infinidad de seres indefensos es precisamente lo que la acerca a nuestro corazón.

Si el instante es el mismo e inmutable, hay sin embargo en nuestra carnadura cien modos distintos de recibir la Navidad. Mejor dicho, hay todos los años un modo distinto de que esta Navidad se nos acerque al ánimo. La herida que ella nos produce acusa de año en año la sensibilidad cada vez más viva de nuestra piel. De modo que la Navidad resulta nueva siempre, si no por lo que ella es, por lo que ella hiere y cauteriza a la vez en nosotros. En los primeros años, era un seguicio de sorpresas y deslumbramientos misteriosos, de cosas acaecidas que se mezclaban en nuestra fantasía con los relatos y cuentos

infantiles. Luego hubo un tiempo en que la estrella de Belén, el champaña de la colación navideña, el misterio del nacimiento del Señor fueron simplemente una celebración en la que nos consideramos obligados a participar, y aun a presidir, para que una tradición no se truncara. Participamos entonces en los ritos de la Navidad con un resuello social y procuramos mantener en ella la dignidad que habíamos recibido de otros. Mas a medida que pasan los años, la fuerza misma de la luz de Belén, lo que ella tiene de evento mágico, de seráfica realidad en un mundo agitado, devuelve a la celebración sus valores coloquiales e íntimos, que hallan, esta vez, un espíritu más en sazón y una tierra fértil. De año en año se acentúa el significado profundo y personal de estos acontecimientos, que quizá no han dejado traza en la historia política de los pueblos ni de las civilizaciones, pero que tienen su fuerza en lo más hondo del corazón de los hombres.

El suave, indefinible acoso que la Navidad ejerce sobre el ánimo, al correr de los años, va despojando al hombre de todo lo que en él era inútil o superfluo. Tal vez debamos volver a aquellas estampas antañonas y desdeñadas durante largo tiempo por nosotros, en las que las tres generaciones unidas celebraban la Navidad, junto al Belén, o descorchaban eufóricamente el espumoso a la hora de la nochebuena. La litografía parece que durante unos años haya sido repelida por un impulso nuestro, que desdeña sentimentalismos o cursilerías. El hombre va aprendiendo durante largos años el complicado oficio de quedarse solo. Muchos consiguen que a lo largo de su vida, se vaya perfilando la imagen última de la soledad. Pero hay una sutil relación entre el hecho de intimarse y el de intimidarse. Rodeado sólo por su miedo, el atlante que se disponía a cumplir aisladamente su destino vital, el atleta que abominaba de la compañía, el ser humano que se disponía a quedar al fin de pie en su camino, que es la muerte, sin auxilios de nadie, se sumerge a ciegas en el clima de la Navidad, que es un clima acompañante y cordial, en presencia y con el contubernio de esa familia surgida de la nada, pero en la que está trabada la sociedad entera. Uno va por el mundo y observa que la Navidad es por esencia la festividad de la familia, de todas las familias; y que los árboles genealógicos son en definitiva olivos de Belén, de ramas retorcidas y de cálida savia, en los que el caldo y el fruto tienen un sabor agraz y una antigüedad remotísima.

Los más jóvenes ofrecen en estas jornadas un acopio de buenos regalos; a veces, sólo unas canciones, que son como el pulso de la tierra. Aún, simbólicamente, se podría ofrecer el cordero viviente o el cesto de fruta, las últimas manzanas, el pedazo de pan. Ofrendas misericordiosas y sencillas, que son para que las acarree la juventud. Pero los más viejos, en lo hondo de su soledad, no van a ofrendar más que su puñado de silencios. Ahí está su don. En el silencio de los viejos está toda su riqueza: los avatares, los lances, hasta los rencores olvidados y los odios que no tuvieron justificación; el amor, los trabajos y las dudas, los entusiasmos y los descaimientos, una vida entera que ya no necesita decir nada, más que callar. Del fondo de los desmontes y a través de las ortigas de Belén, surgiendo como un halo de la campiña tierna y aterida en la noche, flota una niebla que es el recuerdo y el recuento de los viejos que van hacia la muerte. Esta es también una ofrenda sacra. Cuando todo eso cae a los pies del Infante recién nacido, es como si temblara la tierra y palpitará la carne toda de los hombres. La Navidad es, pues, una luz pequeña y temblante, que se nos pone a todos al término del camino y que nos va acompañando mientras lo cruzamos. Es una luz que dura siempre, que nunca se extingue.